

A Pilar Catalayud Maldonado

En anteriores números de nuestra revista hemos intentado evocar, desde el punto de vista del alumno, recordando la labor de antiguos profesores, horas de estudio y de entrañable convivencia en las aulas del Instituto.

Por eso he de presentarme en estas líneas de la sección de "Didáctica" no más que con mi condición de antiguo alumno. La condición inmaculada de antiguo alumno—hablo ya en general—, y la experiencia de la propia evolución formativa permiten al profesor comprender a sus discípulos actuales desde dentro de ellos mismos. Así como las confidencias en este punto, permiten al discípulo identificarse con el docente y marchar confiado, acortando distancias, por el camino del propio perfeccionamiento. El profesor—como hace unos meses decía la señorita Julia Muelas en memorable sesión de claustro del Colegio Menor "El Doncel"—debe volver a sus viejos cuadernos de clase y ver la letra y el fondo, el limitado alcance de lo que hacía a la edad que ahora disfrutaban sus alumnos. ¡Excelente principio pedagógico!

I

He tomado uno de mis viejos trabajos de clase y lo he puesto sobre la mesa. Tiene en la portada un dibujo a tinta china. El trabajo resume y comenta la famosa novela "La Casa de la Troya" de Alejandro Pérez Lugín. Ocupa un cuaderno entero, y data del cuarto curso del plan de 1938, ese que tenía siete cursos, sin altibajos, lagunas ni bifurcaciones, y desembocaba en la Corte, en las aulas de la Universidad con el Examen de Estado; el bachillerato entonces nos llevaba de la mano a la Universidad.

Andando el tiempo, ya en Galicia, peregrino, he subido las rúas enlosadas de granito de Santiago y he buscado en seguida la Casa de la Troya y me han dicho: "Ahí estuvo, esa casa". He paseado la calle arriba y abajo, bajo la lluvia veraniega, rememorando la primitiva impresión de la novela. En la esquina de la calle me ha salido al paso la tasca de tío Benito

(Benito era el nombre del antiguo propietario, que tenía el establecimiento en la calle Raiña, donde tengo el alojamiento—una Residencia nuevecita con extranjeros de quita y pon—). Pido una ración de pulpo y una jarrilla de vino Ribeiro. La mesa de pino se adorna poco a poco; miro de reojo y oculto mi satisfacción de peregrino tras el biombo del periódico local, que finjo leer... sí, leo: esta noche coros y danzas en la plaza de La Quintana, ¡estupendo! El pulpo reluce en su condimento y se escapa del plato de madera a la boca; en el aceitillo que va quedando se moja el esponjoso pan, y el Ribeiro, que ha teñido de rojo espeso y un poco ácido la taza, va pasando al cuerpo.

II

Está clarísimo que la alegría de aquel momento se cimentó tiempo atrás en el Instituto, y estando en Santiago sueño con Ciudad Real: así son las cosas. Era profesor de Literatura en cuarto aquel año—el del ejercicio sobre la novela La Casa de la Troya—don Nicolás Morcuende; tenía en clase don Nicolás un fino sentido del humor, una sosegada simpatía. Era profesor de Dibujo don José Martínez; un día don José nos hizo reir mucho, porque dijo *m u y* solemnemente que andar no consistía en echar un pie delante del otro; claro que luego comprendimos la cosa: andar consiste en poner en juego los músculos de la pierna de atrás para impulsar el

cuerpo y hacerlo caer sobre la de delante.

El alumno va haciéndose respirando, sin notarlo apenas, en el imperceptible espacio formativo creado por los hábitos humanos imperantes a su alrededor. De la elagancia, de la perfección con que crezca pende la profundidad y el sentido de su vida futura, y también su felicidad. Pero de esto hablaremos otro día. ¿Es que este curso no tendremos Tuna de Preuniversitario?

Don Nicolás Rodríguez Santana: con el tema "La juventud de ayer y de hoy" tenemos para rato. ¿Vale lo que he dicho?

G. R. G.

LA CASA DE LA TROYA

EJERCICIO DE LITERATURA



ESTUDIANTINA

R. Galiana

Por el alumno

Rafael López

C.R. 20 de Febrero 43